

» selvas un corto número de salvages,  
 » compañeros vuestros : mi gruta está  
 » cerca de aquí en una montaña : ve-  
 » nid á calentaros á ella , y aunque no  
 » hallaréis las comodidades de la vida ,  
 » os servirá á lo menos de abrigo.  
 » ¡ Aun de esto debo dar gracias á la  
 » bondad divina , porque hay muchos  
 » hombres que no la tienen ! »

#### LOS LABRADORES.

**H**AY justos cuya conciencia se halla tan tranquila , que no se puede tratar con ellos sin participar de la paz que exhalan , ó por mejor decir , de su corazón y de sus pensamientos. Segun iba hablando el solitario , sentia yo calmarse en mi seno las pasiones , y hasta la misma tempestad del cielo parecia que se alejaba con su voz. Se esparciéron tanto las nubes , que nos

permitiéron dejar nuestro retrete. Salimos del bosque , y comenzámos á trepar la espalda de una alta montaña. Iba delante de todos el perro , que conducia en la punta de un palo la linterna apagada. Llevaba yo de la mano á Atala , y seguíamos al misio-nero que volvia con frecuencia la cara para mirarnos , contemplando con lástima nuestras desgracias y nuestra juventud : traía un libro colgado del cuello , y un baston blanco en la mano derecha : su talle era alto ; su figura pálida y flaca , y su fisonomía apacible y sincera : no tenia aquellas facciones amortiguadas y pacatas que se advierten en el hombre que nace sin pasiones : se conocia que habian sido penosos sus dias ; y las arrugas de su frente manifestaban las hermosas cicatrices de las pasiones ahogadas por las virtudes , y por el amor de Dios y

de los hombres. Cuando nos hablaba en pié é inmóvil, su barba larga, sus ojos bajos y modestos, y su voz afable, publicaban su serenidad y grandeza de alma. El que haya visto como yo al P. Aubry, caminando solo por el desierto con su baston y breviario, tendrá una perfecta idea del viagero cristiano sobre la tierra.

» Despues de haber andado una media hora por los peligrosos senderos de la montaña, llegámos á la gruta del misionero, donde entrámos por medio de las yedras, y otras malezas que la lluvia habia arrancado de las peñas. No habia en este albergue sino una estera de hojas de papaya, una calabaza para sacar agua, algunos vasos de madera, una pala, una culebra doméstica, un crucifijo, y el libro de los cristianos, que estaba sobre una piedra que servia de mesa.

» Se dió prisa este buen vicjo á encender lumbre con yerbas secas : mollió entre dos piedras un poco de maiz, y haciendo de él una torta, la puso á cocer sobre la ceniza : apénas se puso dorada con el fuego, nos la presentó caliente con crema de nuez en un plato de acbuche.

» Habiendose serenado la noche, nos propuso el siervo del grande Espíritu fuésemos á sentarnos á la punta de una peña que estaba á la entrada de su cueva : le seguimos á este sitio que dominaba una inmensa vista sobre el desierto. Las reliquias de la tempestad se habian dirigido desordenadamente ácia el oriente : los fuegos del incendio que en los bosques habia ocasionado el rayo, brillaban aun á lo lejos : habia al pié de la montaña un pino arrancado : estaban mezclados los rios, empapada la tierra, derribados los

troncos de los árboles, y muertos los animales y peces, cuyo plateado vientre flotaba sobre la superficie de las ondas.

» Mientras mirábamos esta triste escena, contó Atala nuestra historia al viejo genio de la montaña, cuyo corazón quedó tan conmovido que vertía lágrimas sobre su barba. Hija mia, dijo á Atala, es preciso ofrecer á Dios vuestros trabajos, por cuya gloria habeis hecho ya tantas cosas: él os dará la tranquilidad. Bien veis como humean estos bosques, se secan estos torrentes, y se disipan las nubes. ¿Creeis por ventura que el que puede calmar una tempestad como esta, no podrá tambien aquietar las turbaciones del corazón humano? En el caso de que no tengais un cómodo albergue, yo os ofrezco, querida hija mia, una cabaña entre el rebaño que tengo

el honor de conducir á Jesucristo: instruiré á Chactas, y os lo daré por esposo cuando sea digno de serlo.

» A estas palabras me eché á los piés del solitario vertiendo lágrimas de alegría; pero Atala quedó pálida como la muerte. Me levantó el viejo con benignidad, y entónces vi que tenia mutiladas ámbas manos. Comprendió de repente Atala sus desgracias, y dijo: ¡ Los bárbaros, los bárbaros han sido! »

» Hija mia, la contestó el padre con una dulce sonrisa, ¿ que comparacion tiene esto con lo que ha sufrido mi soberano Maestro? Si los indios idólatras me han maltratado, es porque son unos pobres ciegos, á quienes Dios alumbrará algun dia: los amo otro tanto mas cuanto mas es el daño que me han hecho; y es digno de admiracion el ver que habiendo vuelto á mi patria,

no he podido quedarme en ella, sin embargo de que una ilustre reina quería detenerme para contemplar estas pocas señales de mi apostolado. Pero ¿que recompensa más gloriosa podía yo recibir de mis trabajos, que haber conseguido de la cabeza de nuestra religion el permiso de celebrar el divino sacrificio con estas manos mutiladas? Despues de un honor tan grande nada más me faltaba que hacermé digno de él; he vuelto á estos desiertos con ánimo de acabar en ellos el resto de mi vida en servicio de mi Dios. Van á cumplirse treinta años que habito esta soledad, y cumplirán mañana veinte y dos que estoy en esta peña. Cuando llegué á estos paragés, no encontré en ellos sino familias vagamundas, de costumbres feroces, y de una vida muy miserable: les hice oír la palabra de paz, y sus costumbres se

fuéron suavizando poco á poco. Viven al presente juntos en una corta sociedad cristiana á la falda de esta montaña. Al mismo tiempo que les instruía en el camino de la salvacion, procuré enseñarles las primeras artes de la vida, sin llevarlos muy lejos, y reteniendo á esta gente honrada en aquella sencillez que constituye la felicidad. Por lo que á mí toca, temiendo incomodarlos con mi presencia, me retiré á esta gruta, donde vienen á consultarme. En este sitio retirado de los hombres, admiro á Dios en la grandeza de las soledades, y me dispongo para la muerte que me anuncian mis largos días. »

» Al acabar estas palabras, se puso de rodillas el solitario, y nosotros imitámos su ejemplo: comenzó en alta voz una oracion, á la cual respondia Atala. Unos relámpagos mudos abrian

todavía los cielos ácia el oriente, y brillaban á un mismo tiempo tres soles sobre las nubes del poniente. Algunos zorros dispersos por la tempestad sacaban sus negros hocicos por el borde de los precipicios, y se oía el ruido de las plantas, que enjugandose con la brisa de la tarde, levantaban por todas partes sus abatidos tallos.

» Entrámos otra vez en la cueva, donde el ermitaño dispuso para Atala una cama de musgo de ciprés. Se notaba en sus ojos una profunda languidez, y en medio de sus repetidos movimientos miraba al Padre Aubry, como si tuviese que comunicarle algun secreto, bien que parecia detenerla alguna cosa, ya fuese mi presencia, ya una especie de vergüenza, ó ya tal vez la inutilidad de confesarlo. A media noche sentí que se levantó en busca del solitario; pero como este la habia

cedido su cama, se habia ido á contemplar la hermosura de la noche, y orar sobre la cumbre de la montaña. Me dijo al dia siguiente que acostumbraba hacer esto aun en tiempo de invierno, porque se complacia mirando el balanceo de las despojadas cumbres de los árboles, el vuelo de las nubes por los cielos, el zumbido de los aires, y el ruido de los torrentes en la soledad. Tuvo que volverse á su cama mi hermana, y se quedó dormida. Pero ¡ay de mí! lleno de esperanzas no percibia en la debilidad de Atala sino unas señales pasajeras de cansancio.

» A la mañana siguiente me despertáron los cánticos de los cardenales y de los pájaros burlones, que anidaban en las acacias y laureles plantados al rededor de la gruta. Fui á coger una rosa magnolia mojada con

las lágrimas de la mañana, y la puse en la cabeza de Atala que estaba dormida, esperando yo, según la religion de mi país, que bajase el alma de algun niño de pecho á esta flor en una gota de rocío, y entrase por un dichoso sueño en el seno de mi futura esposa. Despues busqué á mi huésped, á quien hallé con su ropa recogida hasta la cintura, con el rosario en la mano, y aguardandome sentado en el tronco de un pino, que se habia caido de viejo. Me propuso fuese con él á la mision, mientras que descansaba Atala: acepté su oferta, y nos pusimos en camino.

» Al bajar la montaña, vi unas encinas donde pensé que los genios habian grabado caracteres estraños. El ermitaño me dijo que los habia hecho él mismo, y que eran los versos de un antiguo poeta llamado Homero; y

asimismo algunas sentencias de otro poeta mucho mas antiguo, llamado Salomon. Parecia que se notaba en todo una antigua y misteriosa armonía entre la sabiduría de los tiempos, los versos gastados con el musgo, el solitario que los habia grabado, y las encinas viejas que en lo profundo del desierto le servian de libros.

» Su nombre, su edad, y la fecha de su mision estaban tambien señalados sobre una caña de la sábana que estaba al pié de estos árboles. Estrañé los hubiese grabado en un monumento tan frágil. Durará mas que yo, me respondió el Padre, y tendrá siempre mas estimacion que el poco bien que yo hice.

» Fuimos desde allí á una garganta del valle, donde vi una obra maravillosa: era un puente natural como el de la Virginea, del que acaso habréis

oído hablar. Los hombres, hijo mio, dijo el solitario, y sobre todo los de tu pais, imitan con frecuencia á la naturaleza, pero sus copias son siempre defectuosas. No la sucede á ella lo mismo cuando quiere imitar las obras de los hombres: entónces sabe echar puentes desde la cima de una montaña á la cumbre de otra, colgar caminos en las nubes, vaciar rios en canales, esculpir montes por columnas, y por estanques la cavidad de los mares.

» Pasámos por bajo del único arco de este puente, y nos hallámos medidos dentro de otra obra maravillosa: íbamos de un encanto á otro. Este era el cimiterio de los indios de la mision, ó los *bosquecillos de la muerte*. Habia permitido el ermitaño que los indios enterrasen sus muertos segun su estilo, y solamente habia santifi-

cado este sitio con una cruz (1). Estaba dividido aquel terreno, y el campo comun de las cosechas, en tantas porciones como habia de familias. Se componia cada porcion de un bosque pequeño, que variaba segun el gusto é ideas de los que lo habian plantado. Serpenteaba por medio de ellos un apacible arroyuelo á quien llamaban el *arroyo de la paz*. Este risueño asilo de las almas llegaba por el oriente hasta el puente bajo el cual habíamos pasado; por el septentrion y mediodia á unos cerrillos; y solamente tenia entrada por el occidente, donde habia un bosque grande de pinos, cuyos troncos matizados de rojo y verde parecian unas altas columnas, y for-

---

(1) Sin duda el padre Aubry habia imitado á los jesuitas de la China, que permitian á los chinos enterrar á sus parientes en sus jardines, segun su antigua costumbre.

maban un magnífico peristilo en aquel hermoso templo de la muerte. Reinaba en este bosque un ruido solemne parecido al que forma el órgano en las bóvedas de una iglesia cristiana; pero cuando se llegaba al fondo del santuario, no se oían mas que los himnos de las aves que al parecer celebraban una fiesta eterna en memoria de los difuntos.

» Al salir de este bosque descubrimos el pueblo de la mision, situado á la orilla de un lago sembrado de flores.

» Se llegaba á ella por una calle de magnolias y encinas verdes que guarnecen uno de los antiguos caminos de aquella soledad. Luego que los indios viéron en la llanura á su anciano pastor, dejáron sus trabajos y corrieron delante de él. Bajaban los unos respetuosamente suropa; ayudaban otros sus trémulos pasos, y levantaban las

madres en sus brazos á sus tiernos hijos para que viesen al hombre de Jesucristo, que derramaba sobre ellos lágrimas paternas. Se informaba al paso de lo que ocurría en el pueblo, aconsejando á unos, y reprendiendo con dulzura á otros; hablaba de la recoleccion de las cosechas, de la instruccion de los niños, del alivio de las penas, mezclando á Dios en todos sus discursos.

» Escoltados de este modo llegámos al pié de una grande cruz que estaba sobre el camino. Aquí era dondè el siervo de Dios acostumbraba celebrar los misterios de su religion. — « Mis queridos neófitos, dijo volviéndose al pueblo, os ha llegado un hermano y una hermana, y para colmo de la felicidad veo que la divina providencia libertó ayer vuestros sembrados: ved aquí dos motivos muy poderosos para

darle las gracias; ofrezcamosle el divino sacrificio asistiendo todos á él con un recogimiento profundo, una fé viva, un reconocimiento sin límites, y un corazón humilde.»

» Al instante se revistió este divino sacerdote de una túnica blanca de corteza de morales, que habia traido consigo: sacó los vasos sagrados de un tabernáculo que estaba al pié de la cruz; preparó el altar sobre un pedazo de peña; trajéron agua de un arroyo inmediato, y se sacó vino para el sacrificio. Todos nos pusimos de rodillas en la alta yerba, y comenzó el misterio en medio del desierto.

» La aurora que se descubria detras de las montañas inflamaba el vasto oriente. Todo parecia de oro ó de rosa en la soledad. Salió en fin del abismo de la luz el astro anunciado por tanto esplendor, hallando su pri-

mer rayo la hostia consagrada, que en aquel mismo momento elevaba por los aires el sacerdote. ¡ Oh encanto de la religion! ¡ oh magnificencia del culto cristiano! ¡ un viejo ermitaño por sacrificador; una peña por altar; un desierto por iglesia, y unos inocentes salvages por asistentes! No dudo que se cumpliese el grande misterio en el momento en que inclinámos nuestro rostro sobre la tierra, y que descendiese Dios sobre todos los bosques así como le sentí bajar sobre mi corazón.

» Despues del sacrificio, en el que nada eché de menos sino á la hija de Lopez, nos volvimos á la poblacion, donde admiré de nuevo los milagros de la religion. Reinaba allí la mas preciosa mezcla de la vida social y de la naturaleza; junto á un bosquecillo de cipréses del antiguo desierto se veía una nueva labranza, cuyas dora-

das espigas ondeaban sobre los troncos de encinas caídas, reemplazando los manojos de mieses á los árboles de tres siglos. Por todas partes se veían humear los bosques entregados á las llamas, y correr lentamente el arado entre los escombros de sus raíces. Unos agrimensores iban midiendo el desierto con largos cordeles, y jueces árbítritos señalaban las primeras propiedades. El ave cedía su nido, y la guarida de la bestia feroz se convertía en cabaña. Oíanse retumbar las fraguas, y los golpes del hacha hacían por la última vez resonar los ecos, que iban á espirar con los árboles que les servían de asilo.

» Vagueaba yo embelesado por medio de estos cuadros, que se me hacían mas dulces por la memoria de Atala, y por los sueños de felicidad en que mecía todo mi corazón. Admiraba el

triunfo del cristianismo sobre la vida salvaje; veía civilizarse el hombre á la sola voz de la religion, y asistía á sus primitivas bodas y á las de la tierra. Aquel, por este gran contrato, cedía á la tierra la herencia de sus sudores; y esta, en recompensa, se obligaba á darle fielmente las cosechas, alimentar sus hijos, y recoger sus cenizas y las del hombre.

» A este tiempo llegaron con un niño al misionero, que lo bautizó entre unos jazmines floridos que estaban á la orilla de un manantial, al mismo tiempo que en medio de los juegos y trabajos se presentaba un féretro en los bosquecillos de la muerte. Dos esposos recibieron bajo una encina la bendición nupcial, y fuimos á colocarlos en un rincón de la soledad. Iba delante de todos el pastor echando bendiciones por todas partes sobre las

peñas, árboles y fuentes, al modo que en otros tiempos, según el libro de los cristianos, bendijo Dios la tierra inculca dandola en herencia á Adán. Esta corta procesion, que mezclada con sus rebaños seguía de peña en peña á su venerable gefe, representaba á mi enternecido corazón aquellas antiguas celebraciones de las primitivas familias de los hombres, cuando Sem atravesaba con sus hijos el mundo desierto, siguiendo al sol que caminaba delante de él.

» Pregunté al santo ermitaño como gobernaba sus hijos, y me respondió con suma complacencia: No les he dado ley alguna; solo les enseño á amarse recíprocamente, orar á Dios, y esperar una vida mejor, pues en solo esto se encierran todas las leyes del mundo. Allí veis una cabaña mas grande que las otras en medio de la

poblacion, y sirve de capilla cuando Hueve. En ella se junta por mañana y tarde el pueblo para alabar al Señor; y cuando estoy ausente, me sustituye un anciano, porque la vejez y la maternidad son una especie de sacerdocio de la naturaleza. Se van despues á trabajar al campo, en el cual, aunque esten divididas las propiedades con el fin de aprender la economía social, se depositan las cosechas en graneros comunes para mantener la caridad fraternal. Cuatro ancianos son los que distribuyen con igualdad el producto del trabajo. Añadid á esto las ceremonias religiosas, los cánticos, la cruz donde celebros los misterios, el olmo bajo el cual predico cuando hace buen tiempo, nuestros sepulcros inmediatos á las tierras de labor, nuestros rios donde bautizo los niños, y el San Juan del desierto, y tendréis

alguna idea del reino de Jesucristo.

» Me embelesaron las palabras del solitario, y conocí cuan superior era esta vida estable, moral y laboriosa, á la vida errante, inútil y ociosa del salvaje.

» ¡ Ah ! René, no murmuro contra la Providencia, pero confieso que jamas puedo acordarme de esta sociedad evangélica, sin experimentar toda la amargura de las aflicciones. ¡ Cuan feliz hubiera hecho mi vida una cabaña construida en estas orillas, en compañía de Atala ! ¡ en ella darian fin todas mis correrías ; allí acompañado de mi adorada esposa, desconocido de los hombres, y ocultando mi dicha en el fondo de los bosques, pasaria como los rios que no tienen nombre en el desierto ! En lugar de aquella paz que osaba entónces prometerme, ¡ entre cuantas aflicciones he pasado mis dias ! Pero hecho juguete de la fortuna,

derrotado en todas las orillas, desterrado por mucho tiempo de mi pais, y no encontrando en él á la vuelta mas que una cabaña arruinada y unos amigos olvidados en el sepulcro, debia ser este el destino de Chactas.

#### EL DRAMA.

» Aunque fué muy vivo el sueño de mi felicidad, fué tambien de corta duracion, porque me despertó la gruta del solitario. Quedé sorprendido cuando llegando á ella al mediodia, ví no se presentaba Atala á nosotros : no sé que repentino horror se apoderó de mí ; sentí despedazarse mi corazon, y me pareció que los laureles murmuraban tristemente sobre la montaña. Cuando llégué á la gruta, no me atreví á llamar á la hija de Lopez : se espantaba igualmente mi imaginacion con la voz que con el silencio que sucedian á mis

gritos. Pero mas sobresaltado aun con la noche que reinaba á la entrada de la peña, dije al misionero : Vos, á quien el cielo acompaña y fortalece, penetrad esas sombras, y restituidme á mi querida Atala.....

» ¡ Cuan débil es aquel á quien dominan las pasiones ! ¡ cuan fuerte el que descansa en Dios ! Mas valor residia en aquel corazon religioso , abrumado con setenta y dos años , que en toda la juventud de mi pecho. Entró en la gruta este hombre de paz , y yo me quedé fuera lleno de terror ; pero oyendo salir al instante del fondo de la peña un murmullo sordo mezclado de llantos , dí un grito , y recobrando todas mis fuerzas me abalancé á la noche de la caverna..... ¡ Espíritus de mis padres ! ¡ solo vosotros sabeis el espectáculo que enterneció mis ojos !  
» Habia encendido el solitario una

tea de pino , que tenia en su trémula mano sobre la cama de Atala : esta hermosa y jóven muger , medio levantada y apoyada sobre el codo , estaba pálida y desmelenada : brillaban sobre su frente unas gotas de sudor mortal , sus miradas tristes querian manifestarme su amor , y su boca procuraba sonreirse. Herido yo como de un rayo , fijos los ojos , estendidos los brazos , y entreabiertos los labios , quedé inmóvil ; y reinando entónces por algun tiempo un profundo silencio entre los tres personajes de esta dolorosa escena , le rompió por fin el solitario diciendo : « Esto no será tal vez mas que » una calentura ocasionada del can- » sancio ; y si nos resignamos en la vo- » luntad de Dios , tendrá compasion » de nosotros. »

» A estas palabras mi sangre , que estaba detenida , volvió á tomar de

nuevo en mi corazón su curso ordinario, y con la inconstancia de salvaje pasé repentinamente desde el miedo á una confianza excesiva; pero Atala no me dejó en este estado mucho tiempo, porque moviendo tristemente la cabeza, nos hizo señal que nos acercásemos á su cama.

» Padre mio, dijo con una voz débil, dirigiéndose al religioso: estoy ya tocando el momento de mi muerte. ¡ Oh Chactas! escucha sin desesperarte el funesto secreto que te he ocultado para no hacerte demasadamente miserable, y por obedecer á mi madre. Procura no interrumpirme con muestras de un dolor que precipitaria los pocos instantes que me quedan de vida. Tengo bastantes cosas que decir; pero no podré darme mucha prisa á causa de los débiles latidos de mi corazón, y de un cierto peso frio que

apénas puede sostener mi pecho. »

» Después de algunos momentos de silencio, prosiguió Atala diciendo:

« Comenzó mi triste destino aun casi ántes de nacer: me habia concebido mi madre en la desgracia; molestaba yo su seno, y me echó al mundo con agudos dolores de sus entrañas: se desconfió de mi vida, y para salvarla, hizo un voto mi madre prometiendo á la reina de los Angeles que la consagraria mi virginidad si recobraba mi salud..... ¡ Voto fatal que me precipita al sepulcro!

» Tenia ya diez y seis años cuando perdí á mi madre, la que pocas horas ántes de morir me llamó á la cabecera de su cama, y me dijo á presencia de un misionero que la consolaba en sus últimos instantes: Hija mia, bien sabes el voto que ofrecí por tí. ¿ Querrás por ventura dejar mal á tu madre?

¡ Oh Atala mia ! te dejo en un mundo que no es digno de poseer una cristiana en medio de unos idólatras que persiguen al Dios de tu padre y mio, al Dios que despues de haberte dado la vida, te la conservó por un milagro.

» ¡ Ah ! ¡ hija mia querida ! acepta el velo de las vírgenes ; renuncia los cuidados de las cabañas , y las funestas pasiones que agitáron el seno de tu madre..... Ven, pues, querida mia, ven, y jura sobre esta imágen de la madre del Salvador, entre las manos de este santo sacerdote y de tu madre moribunda, que no me desmentirás á la faz del cielo ! Ten presente que me obligué por tí, á fin de salvarte la vida, y que si no cumples mi promesa, no solo serás castigada, sipo tu pobre madre, cuya alma sepultarás en tormentos eternos.

» ¡ Oh madre mia ! ¿ porque hablás-

teis así ? ¡ Oh religion santa, que ocasionas á un mismo tiempo mis males y mi felicidad, que me pierdes y me consuelas ! ¡ Y tú, querido y triste objeto de una pasion que me consume hasta en los brazos de la muerte ; tú, querido Chactas, bien ves al presente la causa del rigor de nuestro destino !... Deshecha en lágrimas, y precipitandome al seno maternal, la prometí cuanto exigia de mí. Pronunciando sobre mí el misionero algunas palabras formidables, me dió el escapulario que traigo siempre conmigo. Mi madre me amenazó con su maldicion si quebrantaba el voto ; y despues de haberme encargado un secreto inviolable para con los paganos perseguidores de mi religion, espiró teniendome abrazada.

» No conocí por el pronto el peligro de mi juramento. Llena de ardor

como verdadera cristiana, y orgullosa con la sangre española que corre por mis venas, no vi por todos lados sino hombres indignos de recibir mi mano, y me complacia en no tener otro esposo que al Dios de mi madre.... Pero te ví, o jóven y hermoso prisionero: me enterneció tu triste suerte, me atreví á hablarte junto á la hoguera del bosque.... y entónces fué cuando sentí todo el peso de mis votos. » —

Al acabar Atala de pronunciar estas palabras, apretando yo los puños, y mirando al misionero con un aire amenazador, le dije: ¿ Es esta la religion que tanto me habeis ponderado? ¡ Perezca el juramento que me quita á Atala! ¡ muera el Dios que se opone á la naturaleza! ¡ hombre! ¡ sacerdote! ¿ que has venido á hacer á estos bosques?.....

« ¡ Salvarte, me dijo el viejo con

una voz terrible; domar tus pasiones, ó impedirte, blasfemo, que atraigas sobre tí la cólera celestial! Dime, jóven inconsiderado, ¿ te parece regular quejarte de tus dolores cuando empiezas á vivir? ¿ donde estan las señales de tus trabajos? ¿ donde estan las injusticias que has padecido? ¿ donde tus virtudes, las cuales solo podian darte algun derecho para quejarte? ¿ que servicios has hecho? ¿ que bien has practicado? ¡ Ah, desdichado! no me presentas sino pasiones, ¿ y te atreves á acusar al cielo? Despues que hayas pasado, como el padre Aubry, treinta años de destierró sobre las montañas, no juzgarás así de los designios de la Providencia; entónces conocerás que nada sabes, que nada eres, y que no hay castigos tan rigurosos, ni males tan terribles que no merezca sufrir la carne corrompida. »

» Los centelleantes ojos del viejo , su barba que le llegaba al pecho , y sus fulminantes palabras le hacian semejante á un Dios. Consternado con la gravedad y magestad que descubria , me eché á sus piés pidiendole perdon de mi arrebató. Hijo mio , me respondió con un acento tan dulce que penetró mi alma ; hijo mio querido , no es por mí por quien os he reprendido. ¡ Ah ! teneis mucha razon , mi querido ; bien poco es lo que he venido á hacer á estos bosques , y no tiene Dios un siervo mas indigno que yo. Pero , hijo mio , al cielo , al cielo es al que no debe acusarse jamas. Perdonadme si os he ofendido , pero escuchemos á vuestra hermana : tal vez habrá algun remedio , con que no perdamos las esperanzas..... ¡ Chactas ! la religion , que hizo de la esperanza una virtud , es muy divina.

» Mi jóven amigo , me dijo Atala , testigo has sido de mis combates , y sin embargo no has visto de ellos sino una parte muy pequeña , porque te ocultaba lo demas. El esclavo negro que ricga con sus sudores las abrasadas arenas de la Florida , no es tan miserable como lo ha sido Atala. Aconsejandote que huyeses , y cierta sin embargo de que moriria si te alejabas de mí ; temiendo huir contigo á los desiertos , y respirando al mismo tiempo á la sombra de los árboles , y llamando á grandes gritos á la soledad..... ¡ Ah ! si solo se tratara de dejar á mis parientes , amigos , patria , y aun ( ¡ cosa espantosa ! ) si solo se tratara de..... Mas , ¡ o madre mia ! tu sombra , tu sombra misma estaba siempre á mi lado echandome en cara sus tormentos ; oía tus llantos , y veía abrasarte en las llamas del infierno..... Mis no-

ches eran penosas y llenas de fantasmas, mis días sumamente tristes; el rocío de la noche se secaba al caer sobre mi abrasada cutícula. Abria mis labios para respirar las brisas, y estas, en vez de refrescarme, se abrasaban con el fuego de mi aliento. ¡Que tormento el verte continuamente junto á mí, lejos de los hombres, en unas profundas soledades, y sentir en medio de los dos una barrera invencible! Pasar mi vida á tus piés, servirte como esclava, y disponer tu comida y cama en el mas recóndito rincón del mundo, seria para mí la suprema felicidad: ya tocaba á esta, y no la podía disfrutar. ¡Cuántos desigños he premeditado! ¡cuántos sueños han salido de este corazón tan triste! Fijando algunas veces mis ojos sobre tí en medio del desierto, llegaba hasta formar deseos tan insensatos

como culpables: algunas veces deseaba fuésemos los dos solos los únicos vivientes del mundo; otras, sintiendo que una divinidad me detenía en mis terribles transportes, deseaba verme libre de esta divinidad, aun cuando estrechada entre tus brazos tuviese que rodar de abismo en abismo con la destruccion del mundo. ¿Lo diré? ahora mismo que va á absorverme la eternidad, y voy á presentarme ante el inexorable juez; en este mismo momento, ¡ay de mí! en este mismo momento en que por obedecer á mi madre veo que mi virginidad me quita la vida, conozco que por una terrible contradicción ».....

» Hija mia, la interrumpió el misionero, os estravía vuestro dolor. No es justa la escesiva pasión á que os entregais; pero es menos culpable á los ojos de Dios, porque es mas bien

una ilusion del entendimiento que un vicio del corazon. Es preciso, pues, alejar de vos unos impulsos que no son dignos de vuestra inocencia. Pero tambien, hija mia querida, vuestra impetuosa imaginacion os asustó demasiado acerca de vuestros votos. La religion no exige de nosotros sino sacrificios humanos. Sus sentimientos verdaderos, y sus moderadas virtudes son muy superiores á los sentimientos exaltados, y á las virtudes forzadas de un supuesto heroismo. Si os hubiérais rendido, ¡ ay pobre oveja descarriada! el buen pastor os hubiera buscado para volveros al rebaño. Teniais abiertos los tesoros del arrepentimiento. Para borrar las culpas delante de los hombres, se necesitan arroyos de sangre; para borrarlas delante de Dios, basta una sola lágrima. Tranquilizaos, pues, querida hija mia, tranquilizaos,

que vuestra situacion necesita de quietud: dirijamonos á Dios que sabe curar las llagas á sus siervos. Si se dignase, como lo espero, sacaros de esta enfermedad, escribiré al obispo de Quebec, que tiene los poderes necesarios para relajar vuestros votos, como puramente simples, y acabaréis vuestros dias junto á mí con vuestro esposo Chactas.

» Al oír estas palabras del viejo, se apoderó de Atala una convulsion general que solo la dejó para dar señales de un agudo dolor. ¿ Pues que, dijo ella juntando sus dos manos con ternura, hay para esto algun remedio? ¿ se pueden relajar mis votos? Sí, hija mia, la respondió el padre. Es ya tarde, es ya tarde, contestó ella. Moriría sin duda en el momento que supiese podria ser feliz. ¡ Que no hubiera yo conocido ántes á este virtuoso

anciano ! ; Que feliz sería hoy contigo , y con Chactas ya cristiano !..... Consolada , asegurada por este sacerdote augusto..... en este desierto..... para siempre..... ; Ah , esta hubiera sido demasiada felicidad para mí !... — Sosiegate , la dije cogiendo una de sus manos ; sosiegate , que no tardaríamos en disfrutar esta felicidad.... ; Jamas , jamas ! respondió Atala..... ; Como ? la repliqué yo. Aun no lo sabes todo , repuso ella. Ayer.... durante la tempestad..... me estrechabas..... tuya es la culpa.... yo iba á violar mis votos , y á sepultar á mi madre en las llamas del abismo..... ya estaba sobre mí su maldición..... ya mentía al Dios que me salvó la vida.... Cuando besabas mis trémulos labios , ¿ no sabías que no abrazabas sino á la muerte ? ; Oh cielo santo ! dijo el misionero : ¿ que es lo que habeis hecho , hija mia ?....

Cometer un delito , padre mio , respondió Atala con los ojos espantados ; pero sola yo me perdí , salvando á mi madre..... Acaba , pues , la dije lleno de espanto , acaba.... ; Ay de mí ! exclamó ella , que pronosticando mi flaqueza , al dejar las cabañas traje conmigo..... ; Que es lo que trajiste ? la pregunté espantado.... ; Un veneno ? dijo el padre..... Ya está en mi corazón , replicó Atala.

» Se le cae de la mano la luz al solitario ; yo caigo desmayado junto á esta desgraciada ; nos estrecha el viejo con sus paternas brazos , y todos tres en tinieblas mezclamos nuestros sollozos sobre esta fúnebre cama.

» ; Levantemonos ! ; levantemonos ! nos dijo al instante encendiendo una luz el valeroso ermitaño. No perdamos unos momentos tan preciosos. Intrépi-

dos cristianos, despreciamos los asaltos de la adversidad : con una soga al cuello, y cubierta la cabeza de ceniza, arrojemonos á los piés del Altísimo para implorar su clemencia, ó para someternos á sus decretos ; tal vez tendremos á un tiempo.... Bien pudisteis, hija mia, habermelo dicho ayer tarde.

« ¡ Ah ! Padre mio, respondió Atala, os busqué la noche pasada ; pero el cielo en castigo de mis culpas os alejó de mí. Cualquier socorro por otra parte hubiera sido inútil ; porque sin embargo de que los mismos indios son tan hábiles en los venenos, no conocen remedio para el que tomé. ¡ Oh Chactas ! juzga cual seria mi espanto cuando ví que el efecto no era tan pronto como lo esperaba : redobló mi amor las fuerzas, y no pudo mi alma separarse tan pronto de tí.

» No fuéron solo los sollozos los que interrumpiéron la relacion de Atala, sino tambien aquellos furores que conocen solo los salvages. Me revolqué furioso sobre la tierra, torciendome los brazos y mordiendome las manos. El viejo sacerdote con una maravillosa ternura prodigando mil socorros desde el hermano á la hermana, sin embargo de la calma de su corazon y el peso de sus años, sabia hacerse inteligible á nuestra juventud ; y su religion sublime le suministraba acentos mas tiernos y mas ardientes que nuestras mismas pasiones. Este sacerdote que por espacio de cuarenta años habia estado sacrificando diariamente en las montañas al servicio de Dios y de los hombres, me representaba un grande holocausto despidiendo un humo perpetuo sobre los altos lugares del Señor.

» ¡ Ah ! en vano procuró aplicar re-

medios á los males de Atala. Su fatiga, su tristeza, el veneno, y una pasión mucho mas mortal que todos los venenos juntos, se reunian para quitar esta flor á la soledad. Manifestáronse por la tarde unos síntomas malignos : se hincháron todos sus miembros, y empezáron á enfriarse las estremidades de su cuerpo; tocando con mis dedos, me decia : ¿No los sientes helados? Yo no sabia que responderla, y se me erizaban de horror los cabellos. Despues me dijo : Aun ayer, mi querido, tu solô tacto me hacia estremecer; pero ahora ya no siento tu mano..... apénas percibo tu voz, y van desapareciéndose sucesivamente á mi vista todos los objetos de la gruta..... ¿No son pájaros los que cantan? ¿Va á ponerse ahora el sol?.... ¡Chactas! ¡que hermosos parecerán sus rayos en el desierto, sobre mi sepulcro!»

» Conociendo Atala que nos hacian llorar sus palabras, nos dijo : Perdonadme, mis buenos amigos, estoy muy débil; mas puede suceder que me convierta en otra mas fuerte..... No obstante, ¡morir tan jóven!..... ¡tan pronto!.... ¡cuando mi corazon estaba tan lleno de vida!.... Gefe de la oracion, ten compasion de mí, sostenme. ¿Crees que esté contenta mi madre, y que me perdone Dios lo que hice?

» Hija mia, le respondió el buen Religioso vertiendo lágrimas que enjugaba con sus trémulas y mutiladas manos : hija mia, todas vuestras desgracias nacen de vuestra ignorancia; vuestra educacion salvage, y la falta de instruccion necesaria, son las causas de vuestra perdicion : ignorábais que una cristiana no podia disponer de su vida. Consolaos, pues, mi oveja querida, consolaos : Dios os perdonará

por la sencillez de vuestro corazón. Vuestra madre, y el imprudente misionero que la dirigía, han sido mas culpables que vos : se escediéron en sus facultades, arrancandoos un voto indiscreto ; pero sea con ellos la paz del Señor. Todos tres ofrecéis un terrible ejemplo de los peligros del entusiasmo, y de la falta de luces en materia de religion. Sosegaos, hija mia : el que sondea los riñones y los corazones, os juzgará segun vuestras intenciones, si eran puras, y no sobre vuestra accion que es criminal.

» Por lo que toca á vuestra vida, si llega pronto el momento de dormir en el Señor, ¡ ah ! mi querida hija, ¡ cuan poco perdeis perdiendo el mundo ! Sin embargo de la soledad en que habeis vivido, conocísteis muy bien los disgustos. ¿ Que pensaríais, pues, si hubiérais sido testigo de los males de

la sociedad, y si, llegando á las costas de Europa, hubiéseis oido el continuado grito del dolor que se levanta en aquella antiquisima tierra ? Los habitantes de las cabañas y de los palacios tienen todos que sufrir y gemir en este mundo : tambien se ha visto llorar á las reinas como á unas miserables mugeres, y causa espanto ver la cantidad de lágrimas que encierran los ojos de los monarcas.

» ¿ Es por ventura vuestro amor el que sentís ? En este caso, hija mia, sería tambien preciso llorar un sueño ; Conocéis acaso el corazón del hombre, ó podeis contar las inconstancias de sus deseos ? Primero calcularíais el número de las ondas que arrolla el mar en una tempestad. ¡ Atala ! los sacrificios y los beneficios no son lazos eternos : llegaría tal vez un dia en que el disgusto sucediese á la hartura ; se

contaría por nada lo pasado, y no se conocerían sino los disgustos de una union pobre y despreciada. Los mas bellos amores, hija mia, fuéron sin duda alguna los de aquel hombre y muger que salieron de la mano del Criador. Para ellos se habia formado un paraíso: eran inocentes é inmortales, y como perfectos en alma y cuerpo se convenian en todo. Eva habia sido criada para Adan, y Adan para Eva; y si, no obstante estas prerogativas, no habian podido conservarse en aquel estado dichoso, ¿que matrimonios podrán serlo? No os hablaré de los matrimonios de los primeros hijos de estos; de aquellas uniones inefables, cuando la hermana se casaba con su hermano, cuando el amor y amistad fraternal se confundian en un mismo corazon, y cuando la pureza del uno aumentaba las delicias del

otro. Todas estas uniones padecieron sin embargo sus turbaciones: se introdujéron los celos en el altar de céspedes donde se sacrificaba un cabrito: reinaron tambien en la tienda de Abraham y en las mismas camas donde los patriarcas disfrutaban tanta alegría, que olvidaban la muerte de sus madres.

» Os engañaríais, hija mia, si pensáseis ser mas inocente y mas dichosa en vuestros lazos, que las antiguas familias de que Jesucristo se dignó ser descendiente. Omíto las circunstancias de los cuidados domésticos, las disputas, los disturbios, las inquietudes, y todas las penas secretas que velan en la almohada del tálamo conyugal. La muger se casa llorando, y renueva sus dolores siempre que pare. ¡Cuantos males se experimentan en la sola pérdida de un recién nacido, si muere sobre el seno

de la madre, al aplicarle el pecho!... La montaña estaba llena de gemidos, y nadie podía consolar á Raquel en la pérdida de sus hijos. Estas amarguras unidas á las ternuras humanas son tan fuertes, que no pocas veces hemos visto señoras muy queridas de reyes, que dejaron la corte para sepultarse en unos claustros, y sujetar la carne rebelde, cuyos placeres estan llenos de dolores y sentimientos.

» Pero me diréis tal vez que estos últimos ejemplos no os han comprendido, porque toda vuestra ambicion se ha reducido á vivir en una oscura cabaña con el hombre de vuestra eleccion: que no buscaís tanto las dulzuras de himeneo, quanto los encantos de aquella locura que la juventud llama amor. ¡Ilusion, quimera, vanidad, y sueño de una imaginacion viciada! Yo mismo, hija mia, yo mismo co-

nocí tambien las borrascas del corazon; esta cabeza no estuvo siempre calva, ni este pecho tan tranquilo como os lo parece hoy. Dad crédito á mi esperiencia: si el hombre constante en sus afectos pudiera conservar un sentimiento perpetuo, sin duda alguna la soledad y el amor igualarian al mismo Dios; pues son estos los dos eternos placeres del gran Ser. Pero el alma del hombre se cansa, y no ama jamas por mucho tiempo un mismo objeto con plenitud. Hay ademas algunos puntos donde no se unen dos corazones, y estos puntos son suficientes para hacer la vida insoportable.

» Finalmente, querida mia, el mayor engaño de los hombres en el sueño de su felicidad es olvidar esta enfermedad de la muerte, que está unida á su naturaleza; es preciso morir, es preciso disolverse. Tarde ó temprano, sea

cual fuere vuestra felicidad , ese hermoso rostro habia de tomar aquella figura uniforme que da el sepulcro á la familia de Adan : el mismo ojo de Chactas no os conoceria entre vuestras compañeras de tumba. El amor no estiende su imperio sobrè los gusanos del féretro. Pero ¿ que digo ? ( ¡ oh vanidad de vanidades ! ) ¿ que hablo yo del poder de las amistades de la tierra ! ¿ quereis conocer su estension ? Si volviera un hombre á este mundo despues de algunos años de muerto , dudo lo volviesen á mirar con alegría aquellos mismos que mas lloráron su muerte. ¿ Tan en breve se forman otros lazos ! ¿ tan fácilmente se adquieren otras costumbres ! ¿ tan natural es al hombre la inconstancia ! ¿ tan poco interesa nuestra vida al corazon de nuestros amigos !

» Dad pues las gracias , hija mia , á la bondad divina , porque os saca tan

pronto de este valle de miserias. Ya os está preparado sobre las nubes el vestido blanco , y la resplandeciente corona de las vírgenes : ya estoy oyendo á la Reina de los Angeles que os dice : *Ven , mi digna sierva , ven , paloma mia , ven á sentarte sobre un trono de candor entre todas las vírgenes que sacrificáron su hermosura y juventud al servicio de la humanidad , á la educacion de los hijos , y al ejercicio de la penitencia : ven , rosa mística , á descansar sobre el seno de Jesucristo : ese féretro , que es la cama nupcial que habeis escogido , no será engañado por vuestro celestial esposo , y jamas tendrán fin sus abrazos.*

» Así como abate los vientos el último rayo del dia , y esparce la calma por el hermoso cielo ; del mismo modo la apacible palabra del viejo calmó las pasiones sublevadas en el seno de

mi amante. No pensaba al parecer sino en mi dolor, y en los medios de hacerme soportar su pérdida. Unas veces me decia que moriría dichosa, si la prometía enjugar mis lágrimas: otras me hablaba de mi madre y de mi patria; y procurando de este modo distraerme del dolor presente, me renovaba otro pasado. Me exhortaba á la paciencia y á la virtud. « No serás » siempre desgraciado; me decia: si » te prueba hoy el cielo, es solamente para hacerte mas compasivo » de los males ajenos. El corazon, » o Chactas, es como aquellos árboles que no dan su bálsamo para las » heridas de los hombres, sino cuando » sufren la incisión del hierro. »

» Despues de haberme hablado así, se encaraba al misionero, esperando de su boca aquel mismo alivio que ella me hacia experimentar; y ya consolada,

ya consolada, daba y recibia la palabra de vida sobre la cama de la muerte.

» El cielo del ermitaño se aumentaba continuamente. Todos sus huesos parecian reanimados por el fuego de la caridad: al mismo tiempo que preparaba remedios, encendia la lumbre y refrescaba la cama, hacia admirables discursos acerca de Dios y de la felicidad de los justos. Con el farol de la religion en la mano parecia ir delante de Atala al sepulcro, para mostrarla en él los secretos maravillosos. Toda aquella humilde gruta estaba llena de la grandeza de esta muerte cristiana; y los espíritus celestiales estaban atentos sin duda á esta escena, donde solo la religion luchaba contra el amor, contra la juventud y contra la muerte.

» Triunfaba esta religion divina, cuya victoria se conocia por una santa

tristeza que sucedía en nuestros corazones á los primeros transportes de las pasiones. Como á medianoche, parecia se hallaba Atala con mas ánimos para repetir algunas oraciones que pronunciaba el religioso al lado de su cama. Poco tiempo despues me alargó la mano, y con una voz que apenas se percibia me dijo : « Hijo de Outalissi, » ¿ te acuerdas de aquella primera noche que me tuviste por la virgen de los últimos amores ? ¡ O presagio singular de nuestro destino ! » — Detúvose un poco, y siguió despues diciendome : « Cuando pienso que voy á dejarte para siempre, hace mi corazón un esfuerzo tan grande para vivir, que me siento casi en disposición de hacerme inmortal á fuerza de amar. Pero ¡ o Dios mio, hagase vuestra voluntad ! » — Calló Atala por algunos instantes, y prosiguió des-

pues en estos términos : « Solo me falta pedirós perdón de los males que os he ocasionado : os he atormentado con mi orgullo y mis caprichos. Chactas, un poco de tierra que echés sobre mi cuerpo, va á poner un mundo entero entre los dos, y á libraros para siempre del peso de mis desgracias. »

« ¡ Perdonaros yo ! la respondí anegado en lágrimas : ¿ no soy yo el que os acarree tantas desdichas ? » Amigo mio, me replicó ella interrumpiendome, me habeis hecho tan feliz, que si tuviera que comenzar de nuevó la vida, preferiria siempre la satisfacción de haberos amado por algunos instantes en un desgraciado destierro, á toda una vida de descanso en mi patria. »

» Estinguióse aquí la voz de Atala : esparciéronse por sus ojos y boca las

sombras de la muerte : sus dedos errantes andaban como palpando alguna cosa : conversaba en voz baja con los espíritus invisibles ; y haciendo un esfuerzo procuró, aunque en vano, desatar de su cuello el pequeño crucifijo : mandóme á mí que lo desatase, y me dijo :

« La primera vez que te hablé junto  
 » á la hoguera, viste á su luz brillar  
 » esta cruz sobre mi seno : esta es la  
 » única alhaja que tiene Atala. Lopez,  
 » tu padre y mio, la envió á mi madre cuando yo nació. Recibe, pues,  
 » de mí esta herencia, o hermano mio,  
 » y conserva la en memoria de mis desgracias. En los disgustos de tu vida  
 » podrás recurrir á este Dios de los  
 » desgraciados, y derramarás tal vez  
 » alguna lágrima por tu amante ; pero  
 » tengo, Chactas, otra súplica que  
 » hacerte, y será la última : amigo

» mio, nuestra union sobre la tierra  
 » no podia ser sino muy corta ; pero  
 » hay despues de esta vida otra mucho mas larga. ¡ Que terrible cosa  
 » seria verme separada de tí para  
 » siempre ! Hoy no hago mas que ir  
 » delante de tí para aguardarte en el  
 » reino celestial. Si me has amado,  
 » jóven idólatra, haz que te instruyan  
 » en la religion cristiana que prepara  
 » nuestra union eterna, y obra á tu  
 » presencia un grande milagro haciendome capaz de dejarte sin morir en  
 » las congojas de la desesperacion. Yo,  
 » Chactas, me contento solamente con  
 » una simple promesa, porque sé muy  
 » bien lo que cuesta un juramento  
 » para exigirlo de tí. Tal vez este voto  
 » te separaria de alguna muger mas  
 » dichosa que yo.... pero ¿ te amaria  
 » tanto como Atala ? ¡ Oh madre mia !  
 » perdona á tu hija este extravio. ¡ Oh

» Virgen santa, detened vuestra có-  
 » lera ! ¡ Dios mio ! yo vuelvo á caer  
 » en mis flaquezas, y os robo unos  
 » pensamientos que solo deberia em-  
 » plear en vos. »

» Penetrado de dolor, y sollozando  
 de modo que parecia romperse mi  
 pecho, prometí á Atala abrazar la re-  
 ligion cristiana. A este tiempo se le-  
 vantó el solitario con un aire inspi-  
 rado, y estendiendo sus brazos ácia  
 la bóveda de la gruta, dijo : « Ya es  
 » tiempo de invocar aquí el nombre  
 » de Dios. »

» Apenas habia pronunciado estas  
 palabras, cuando una fuerza sobrena-  
 tural me obligó á ponerme de rodillas,  
 é inclinar la cabeza al pié de la cama  
 de Atala. Abre el sacerdote un cajon  
 secreto, donde estaba metida una urna  
 de oro cubierta con un velo de seda ;  
 se postra, y la adora profundamente :

iluminóse de repente la gruta : oyé-  
 ronse por los aires las palabras de los  
 ángeles, y los sonidos de las arpas  
 celestiales ; y cuando el solitario sacó  
 de su tabernáculo el vaso sagrado,  
 creí ver salir al mismo Dios del lado  
 de la montaña.

» Abrió el caliz el sacerdote, tomó  
 entre sus dedos una hostia tan blanca  
 como la nieve, y se acercó á Atala pro-  
 nunciando palabras misteriosas. Tenia  
 esta santa muger levantados los ojos al  
 cielo como en éstasis : parecia que ha-  
 bian calmado todos sus dolores, y re-  
 cobró la vida su boca : se abrieron  
 sus labios acercandose con respeto á  
 recibir el Dios que estaba oculto bajo  
 aquel pan místico. Mojó despues este  
 divino viejo un poco de algodón en  
 un aceite consagrado, y ungió con él  
 las mejillas de Atala : miró por un  
 momento á esta hija moribunda, y

pronunció de repente estas rigurosas palabras: « ¡Sal, alma cristiana, sal, y ve á unirte con tu Criador! » Levantando yo entónces mi cabeza abatida, dije mirando al vaso donde estaba el oleo santo: *Padre mio, ¿ dará este remedio la vida á Atala?* — Si, hijo mio, respondió el anciano cayendose como desmayado en mis brazos, *la vida eterna.* Acababa de espirar Atala.

» Al llegar aquí, se vió Chactas precisado por segunda vez á interrumpir su relacion. Estaba inundado en lágrimas, y su voz no le permitia pronunciar mas que algunas palabras que se le ahogaban en la garganta. Abrió su seno el ciego sachem, sacó de él el crucifijo de Atala, y dijo: « ¡Esta es la prenda de la adversidad! ¡Oh René! ¡oh hijo mio! tú le ves, pero yo no. Dime, ¿ no ha padecido alguna alteracion el oro despues de

» tantos años? ¿ no percibes en él alguna señal de mis lágrimas? ¿ no reconoces el sitio que tocó con sus labios aquella santa muger? ¿ por que no es ya cristiano Chactas? ¿ que frivolas razones políticas ó patridicas le han detenido hasta ahora en los errores de sus padres? No, no quiero dilatarlo mas: ya me está gritando la tierra... ¿ Aguardas acaso á bajar al sepulcro para abrazar una religion divina?... ¡ Oh tierra! no me aguardarás ya mucho tiempo. Luego que un sacerdote remoce en el agua esta cabeza encanecida con las pesadumbres, espero reunirme á Atala: Pero... acabemos de contar lo que falta de mi historia. »

#### LOS FUNERALES.

» No me detendré, o René, en pintarte la desesperacion que se apoderó

de mi alma cuando dió Atala el último aliento. Necesitaria para ello mas calor del que tengo, y seria necesario que mis ojos cerrados se pudiesen abrir al sol para pedirle cuenta de las lágrimas que derramaron á su luz. Si, primero se cansará de alumbrar las soledades del Kentucky esa luna que brilla ahora sobre nuestras cabezas, y suspenderá la corriente de sus ondas el río que conduce ahora nuestras piraguas, que deje yo de verter lágrimas por Atala. Por espacio de dos dias enteros quedé insensible á los discursos del ermitaño. Para calmar mis penas aquel excelente hombre no se valia de las vanas razones de la tierra: solo se contentaba con decirme estrechándome entre sus brazos: *Hijo mio, esta es la voluntad de Dios.* No hubiera creído jamas, á no haberlo experimentado por mí mismo, se encerrase tanto

consuelo en estas pocas palabras del cristiano resignado.

» La ternura, la unción, y la inalterable paciencia del antiguo siervo del Altísimo vencieron por fin la obstinacion de mi dolor. Yo mismo me avergoncé de las lágrimas que le hacia derramar: « Padre mio, le dije, ya » es por demas; no es razon que per- » turben la paz de vuestros dias las » pasiones de un hombre jóven. De- » jadme llevar los restos de mi amante, » los sepultaré en un rincon del de- » sierto; y, si todavía quedo conde- » nado á vivir, procuraré hacerme » digno de aquellas bodas eternas que » Atala me ha prometido. »

» A esta tan inesperada vuelta de valor, se sobresaltó de gozo el buen padre, y exclamó: « ¡ Oh sangre de » Jesucristo! ¡ sangre de mi divino » Maestro! en ella reconozco tus mé-

» ritos; espero confiado que salvarás  
 » á este jóven. ¡Dios mio! acaba tu  
 » obra : restituye la paz á esta alma  
 » atribulada , y no dejes de sus des-  
 » gracias mas que los últimos y hu-  
 » mildes recuerdos. »

» Este hombre justo no quiso en-  
 » tregarme el cuerpo de mi amante , á  
 » pretexto de que vendria la mision , y  
 » enterrariamos á la hija de Lopez con  
 » toda la pompa cristiana. Yo me opuse  
 » á ello diciendole : « Que las desgra-  
 » cias y virtudes de Atala habian sido  
 » desconocidas de los hombres , y de  
 » consiguiente su tumba , cavada fur-  
 » tivamente con sus manos y las mias ,  
 » debia ocultarse en aquella oscuri-  
 » dad. » Nos convinimos , pues , en ir  
 » á la mañana siguiente á enterrar á Atala  
 » bajo el arco del puente natural , á la  
 » entrada de los bosquecillos de la  
 » muerte ; é igualmente nos resolvimos

á pasar la noche en oracion junto al  
 cuerpo de tan santa muger.

» Por la tarde transportámos sus  
 preciosos restos á una abertura de la  
 gruta que miraba al norte : los habia  
 envuelto el ermitaño en una pieza de  
 lienzo de Europa , que habia hilado su  
 madre , y era la única alhaja que le  
 habia quedado de su antigua patria :  
 ya hacia mucho tiempo que la tenia  
 destinada para su mortaja. Atala es-  
 taba colocada sobre unas matas de sen-  
 sitivas silvestres : sus piés , cabeza , es-  
 paldas y una parte de su seno estaban  
 descubiertos : se veía en sus cabellos  
 una flor de magnolia ya marchita....  
 la misma que yo habia puesto sobre  
 la cama de esta vírgen para hacerla  
 fecunda. Sus labios , como un boton  
 de rosa cogido dos días ántes , pare-  
 cian lánguidos y risueños : en sus me-  
 jillas blancas se distinguian algunas

venas azules : estaban cerrados sus hermosos ojos : juntos sus piés modestos, y sus manos de alabastro apretaban sobre su corazon un crucifijo de ébano : pusosele al cuello el escapulario de sus votos : parecia que la habian encantado el ángel de la melancolía, el sueño de la inocencia, y la tumba. No he visto nunca una cosa mas celestial : cualquiera que no supiese que habia tenido vida esta vestal, la tendria por la estatua de la virginidad dormida.

» El religioso no cesó de orar toda la noche, y yo estaba sentado silenciosamente á la cabecera de la fúnebre cama de mi querida Atala. ¡ Cuantas veces, quando ella dormia, tenia sobre mis rodillas su encantadora cabeza ! ¡ cuantas me incliné sobre ella para percibir y respirar su aliento ! Pero á la sazón no salia ruido alguno

de su inmóvil seno, y en vano aguardaba yo que despertase la hermosura.

» Alumbraaba la luna en esta noche fúnebre con una luz opaca, y se presentó en medio de las tinieblas como una blanca vestal que venia á llorar sobre el féretro de una compañera suya. Al instante esparció por los bosques aquel gran secreto de melancolía, que solo gusta descubrir á las viejas encinas, y á las antiguas orillas de los mares. De tiempo en tiempo metia el religioso un ramo florido en agua bendita, y sacudiendo despues el ramo perfumaba la noche con bálsamos del cielo. Otras veces repetia con tono anticuado algunos versos de un anciano poeta llamado Job, y decia :

« Pasé como una flor ; me sequé » como la yerba de los campos. ¡ Por » que se ha dado la luz á un misera-

» ble, y la vida á los que estan en la  
» amargura del corazon? »

» Así cantaba aquel hombre, venerable anciano. Su voz grave y poco armoniosa corria al silencio de los desiertos. El nombre de Dios y del sepulcro salia de todos los ecos, de todos los torrentes, y de todas las selvas. Los arrullos de la paloma de Virginea, la caída de un arroyo en la montaña, y el sonido de la campanilla que llamaba á los viajeros, se mezclaban de tal modo con estos cánticos fúnebres, que parecia se oía en los bosquecillos el coro de los difuntos que respondia á la voz del solitario.

» A este tiempo se dejó ver una faja dorada que se formó en el oriente. Estaban sobre las peñas los gavilanes, y se metian las martas en los troncos huecos de los árboles: esta era la señal del comboy de Atala. Eché so-

bre mis hombros su cuerpo, é iba delante el ermitaño con un azadon en la mano. Comenzámos á bajar de peña en peña: la vejez y la muerte debilitaban igualmente nuestros pasos.

» Al ver al perro que nos habia hallado en el bosque, y que dando brincos de alegría nos enseñaba otro camino, empecé de nuevo á llorar. Unas veces los largos cabellos de Atala, juguete de las brisas de la mañana, estendian su dorado velo sobre mis ojos: otras, fatigado yo con el peso, me veía precisado á ponerle sobre el musgo, y sentarme para tomar aliento. Llegámos finalmente debajo del arco del puente, que era el sitio que habia señalado mi dolor. ¡ Oh hijo mio!.... tiernisimo espectáculo era ver á un jóven salvage, y á un cristiano y viejo ermitaño puestos de rodillas, uno frente de otro, cavando

en un desierto con sus mismas manos un sepulcro para una pobre jóven, cuyo cuerpo estaba allí cerca tendido en la seca madre de un torrente.

» Luego que concluimos nuestra obra, depositámos aquella hermosura en su cama de tierra. ¡ Ay hijo mio ! ¡ cuan diferente era la cama que habia esperado yo prepararla ! Tomando entónces en la mano un poco de tierra, y guardando un triste silencio, fijé por última vez mis estraviados ojos sobre la cara de Atala, y eché aquel polvo antiguo sobre la frente de sus diez y ocho primaveras. Ví desaparecer por grados las facciones de mi amante, y ocultarse sus gracias bajo la cortina de la eternidad : su blanco pecho resaltó por algun tiempo sobre la negra tierra, al modo que una blanca flor de lis sale del medio de una oscura arcilla.

« Lopez, dije yo entónces, ¡ mira » como tu hijo entierra á su hermana ! » Y acabé de cubrir á Atala con la tierra del sueño.

» Nos volvimos á la gruta, y comuniqué al misionero el proyecto que habia formado de quedarme junto á él ; pero este santo ermitaño que conocia maravillosamente el corazon del hombre, descubrió mi pensamiento y el ardid de mi dolor. « Chactas, me dijo, » hijo de Outalissi, miétras que vivió » Atala, procuré que viviéscis en estos » desiertos ; pero ahora que se ha tro- » cado vuestra suerte, debeis pensar » en servir á vuestra patria. Creedme, » hijo mio, no son eternos los dolores : » es preciso que tengan fin tarde ó tem- » prano, porque no es infinito el co- » razon del hombre, y es una de nues- » tras grandes miserias no poder ser » por mucho tiempo desgraciados. Vol-

» veos al Meschacebe : id á consolar  
 » á vuestro padre, que os está diaria-  
 » mente llorando, y necesita de vues-  
 » tro apoyo. Hacedos instruir en la  
 » religion de vuestra querida Atala  
 » cuando tengais proporcion, y acor-  
 » daos de la promesa que la hicisteis  
 » de ser virtuoso y cristiano. Yo, yo  
 » mismo velaré aquí sobre el sepulcro  
 » de vuestra hermana..... Marchad,  
 » hijo mio, marchad en la inteligencia  
 » de que Dios, el alma de vuestra  
 » amante, y el pensamiento de vuestro  
 » decrépito amigo de la montaña, os  
 » seguirán al desierto. »

» Tales fuéron las palabras que me  
 dijo el hombre de la peña. Su auto-  
 ridad era demasidamente grande, y  
 muy profunda su sabiduría, para no  
 obedecerle yo. A la mañana siguiente  
 dejé á mi venerable huésped, que,  
 estrechandome sobre su corazon, me

dió sus últimos consejos, su última  
 bendicion, y sus últimas lágrimas.  
 Pasé luego al sepulcro de Atala; pero  
 quedé sorprendido al ver una pequeña  
 cruz que se descubria sobre la muer-  
 te, del mismo modo que se percibe el  
 mástil de un navío que naufragó. Me  
 persuadí habria venido por la noche  
 el solitario á orar junto al sepulcro,  
 y esta señal de amistad y religion de  
 parte del viejo me hizo derramar  
 abundantes lágrimas. Estuve tentado  
 por descubrir el sepulcro, para ver  
 otra vez á mi amante; pero me con-  
 tuvo un respeto religioso. Me senté  
 en la tierra recientemente cavada,  
 con el codo apoyado en mis rodillas;  
 y sostenida la cabeza en mi mano,  
 quedé sepultado en el mas amargo  
 sueño. Allí fué, querido René, cuan-  
 do por primera vez reflexioné seria-  
 mente sobre la vanidad de nuestra

vida y de nuestros proyectos. ¡ Ah! hijo mio, ¿ quien es el que no hace estas reflexiones? Yo no soy mas que un ciervo viejo, encanecido con los inviernos : mis años compiten con los de la corneja : mas ¡ ay de mí! que á pesar de tantos dias acumulados sobre mi cabeza, y á pesar de la esperiencia tan grande de la vida, aun no he encontrado hombre que no hubiese caido en estos sueños de felicidad, ni corazon que no tenga alguna llaga oculta. El mas sereno en apariencia se parece al pozo natural de la sábana Alachua, cuya superficie parece serena y cristalina ; pero cuando se mira al fondo de esta tranquila fuente, se divisa un gran cocodrilo que mantiene el pozo en sus aguas.

» Despues de haber pasado un dia entero en aquel lugar de dolor, dispuse á la mañana siguiente dejar, al

primer canto del pelicano, aquella sepultura sagrada. Salí de allí como del término desde donde queria emprender el camino de la virtud. Por tres veces invoqué el alma de Atala : otras tres respondió á mis gritos el genio del desierto debajo del arco fúnebre : saludé despues al oriente, y descubrí á lo lejos en los senderos de la montaña al ermitaño que se dirigia á la cabaña de algun desgraciado. Puesto yo de rodillas, y abrazando estrechamente la sepultura, dije : « ¡ Duerme en » paz en esta tierra estraña, jóven » desgraciada ! En recompensa de tu » amor, de tu destierro, y de tu » muerte, vas á quedar abandonada » hasta del mismo Chaetas. » Vertiendo entónces arroyos de lágrimas, me separé de la hija de Lopez, y salí con dolor de estos lugares solitarios, dejando al pié del magestuoso monu-

mento de la naturaleza otro mas angusto, que fué el humilde sepulcro de la virtud. »

EPÍLOGO.

CHACTAS, hijo de Outalissi, el Nathe, contó esta historia al europeo René: los padres se la refirieron á sus hijos; y yo, lector mio, como viagero en tierras lejanas, te conté fielmente lo que de ella me dijéron los indios. En esta narracion he notado muchas cosas; á saber, la pintura del pueblo cazador, y la del pueblo labrador; la religion, que es la legisladora del salvage; los peligros de la ignorancia y del entusiasmo religioso, opuestos á las luces y al verdadero espíritu del Evangelio; los combates de las pasiones y de las virtudes en un corazon sencillo, y finalmente el triunfo del cristianismo sobre el mas fogoso sen-

timiento y sobre el mas terrible miedo: el amor y la muerte.

Al referirme esta historia un siminolo, me pareció bastante instructiva y bella, porque pintó en ella la flor del desierto, la gracia de la cabaña, y el dolor de una sencillez tan natural que no puede espresarse. Solo me faltaba una cosa que saber. Pregunté en que habia venido á parar el Padre Aubry, y nadie me pudo dar razon. Lo hubiera ignorado siempre, si la Providencia, que todo lo dirige, no me hubiera descubierto lo que deseaba. Ved aquí lo que pasó.

Ya habia corrido yo las orillas del Meschacebe, que forman al mediodia las magnificas barreras de la nueva Francia (deseando ver al norte la catarata de Niagara, que es la otra maravilla de este imperio), y habia llegado cerca de esta caida, que está en

el antiguo pais de los agononsionis (1), cuando una mañana al atravesar una llanura, divisé una muger que estaba sentada bajo de un árbol, y tenia sobre sus rodillas un niño muerto. Enternecido con este espectáculo, me acerqué poco á poco á aquella jóven madre, y oí que hablaba de este modo :

« Si te hubieras quedado entre nosotros, hijo mio querido, ¿ con qué gracia manejaría el arco tu mano ?  
 » Con tus nerviosos brazos sujetarias los mas enfurecidos osos, y en la cumbre de la montaña alcanzarias en la carrera al mas ligero gamo.  
 » ¡ Blanco armiño de la peña ! ¡ irte tan jóven al pais de las almas ! ¿ Como te compondrás allá para vivir ? No está allí tu padre para alimentarte

---

(1) Los Iroqueses.

» con la caza ; tendrás frio, y no hallarás un espíritu que te provea de pieles para cubrirte. ¡ Ah ! es preciso que me dé prisa á seguirte para cantarte canciones, y presen-  
 » tarte mi pecho. »

Esta jóven madre, despues de tan fúnebre oracion á estilo de los desiertos, cantó con una voz trémula, meció al niño sobre sus rodillas, mojó sus labios con la leche maternal, y prodigó á la muerte todos los cuidados que se dan á la vida.

Queriendo secar el cuerpo de su hijo sobre las ramas de un árbol, segun costumbre de los indios, para llevarlo despues al sepulcro de sus padres, principió al instante la tierna y religiosa ceremonia : desnudó á su hijo, y respirando algunos instantes sobre su boca, le dijo : « Alma de mi hijo, alma encantadora, tu padre te

» crió tiempo hace por medio de un  
 » ósculo sobre mis labios; y yo ¡ ay  
 » de mí! no puedo con mis ósculos  
 » darte la vida.» Descubrió despues  
 su seno, estrechando tanto sobre él  
 su helado cuerpecillo, que se hubiera  
 reanimado con el fuego del corazon  
 materno, si no se hubiera Dios reser-  
 vado el soplo que da la vida.

Levantóse, pues, buscando con la  
 vista en aquel desierto, hermoseado  
 con la aurora, algun árbol en cuyas  
 ramas pudiese poner á su hijo, y es-  
 cogió un acbuche cubierto de flores  
 rojas, y festoneado de guirnaldas de  
 ápio, que exhalaba los mas suaves  
 perfumes: sujetaba con una mano las  
 ramas inferiores, y con la otra ataba á  
 ellas el cuerpo de su hijo: soltando  
 despues la rama, volvia esta á su posi-  
 cion natural, llevando consigo el des-  
 pojo de la inocencia, cubierto con sus

fragantes hojas. ¡ Oh! ¡ cuan tierna es  
 esta costumbre de los indios! En sus  
 sepulcros aereos, penetrados los cuer-  
 pos de una sustancia etérea, sepul-  
 tados en una verde y florida espesura,  
 refrescados con el rocío, embalsama-  
 dos y mecidos con las brisas sobre la  
 misma rama en que tiene su nido y  
 deja oír su triste melodía el ruseñor;  
 en fin, espuestos de este modo entre  
 aromas, flores y rosas, pierden toda la  
 fealdad del sepulcro. Pero si son los  
 despojos de una jóven á quien la  
 mano de su amante colgó en el árbol  
 de la muerte; si son los restos de un  
 hijo querido á quien su madre depo-  
 sitó en la morada de las avecillas, en-  
 tónces se aumenta mas el embeleso.  
 ¡ Árbol americano, que sosteniendo  
 cuerpos humanos en tus ramas los ale-  
 jas de la habitacion de los hombres, y  
 los aproximas á la de Dios, quede yo

estático bajo tu sombra! En tu sublime alegoría me muestras el árbol de la virtud: sus raíces crecen en el polvo de este mundo: se pierde de vista su cima en las estrellas del firmamento, y sus ramas son los únicos escalones por donde el hombre que camina sobre este globo puede subir desde la tierra al cielo.

Después de haber puesto la madre á su hijo sobre el árbol, arrancó un rizo de sus cabellos, y lo colgó en las hojas, mientras que el céfiro de la aurora mecía en su último sueño al que una materna mano había adormecido á la misma hora en una cuna de musgo. A este mismo tiempo me dirigí ácia la muger: la puse mis dos manos sobre la cabeza, y dí los tres gritos de dolor. Después sin hablarnos, tomámos cada uno su ramo, y empezámos á espantar los insectos que mur-

mullaban al rededor del cuerpo del niño; pero tuvimos cuidado de no espantar una paloma cuyo nido estaba inmediato, y queria quitar al niño un cabello para tener mas mullidos sus pichones. « Paloma mia, la dijo la india, si acaso no eres el alma de mi » hijo, que ha volado, serás sin duda » una madre que busca materiales » para hacer una cuna. Llevate esos » cabellos que no volveré mas á lavar » en el agua de la fuente: llevatelos » para echar sobre ellos á tus hijos: » ¡quiera el grande espíritu conser- » vartelos! »

Sin embargo la madre lloraba de alegría al ver la atención del extranjero: á este tiempo llegó un jóven, que acercandose á nosotros, la dijo: « Hija de Celuta, recoge nuestro hi- » jo; no estaremos mucho tiempo » aquí: saldremos mañana al primer

» sol. — Hermano , le dije entónces ,  
 » te deseo un cielo azul , muchas ca-  
 » bras , una capa de castor , y la es-  
 » peranza : ¿ no eres por ventura de  
 » este desierto ? No , me respondió el  
 » jóven : somos unos desterrados , y  
 » vamos á buscar una patria. » Al de-  
 cir esto , inclinó el guerrero la cabeza  
 sobre su pecho , y con la punta de su  
 arco doblaba la cabeza de las flores.  
 Conocí que era lastimosa su historia,  
 y callé.

Desató la muger á su hijo de las ra-  
 mas del árbol , y lo dió á su esposo  
 para que lo llevase. Miraban estos  
 jóvenes á su hijo , y se sonreían en  
 medio de sus lágrimas. Entónces les  
 dije yo : « ¿ Me permitis que encienda  
 » vuestra lumbre esta noche ? No tene-  
 » mos cabaña , respondió el guerrero :  
 » si quereis seguirnos , nosotros nos  
 » acampamos en la orilla de la cas-

» cada. » — Convengo en ello , les dí-  
 je , y marchámos juntos.

No tardámos en llegar á la orilla de  
 la catarata , que se advertia por sus  
 horribles bramidos. Formase del rio  
 Niagara , que sale del lago Erié , y  
 desagua en el lago Ontario : su altura  
 perpendicular es de ciento cuarenta y  
 cuatro piés. Desde el lago Erié hasta  
 el salto baja rápidamente el rio ; pero  
 cuando cae , no parece sino un mar  
 cuyos torrentes se comprimen en la  
 boca de una cueva. La catarata se di-  
 vide en dos brazos , y se encorva en  
 forma de herradura. Entre las dos caí-  
 das se avanza una isla que está hueca  
 por debajo , y pendiente con todos sus  
 árboles sobre la confusion de las on-  
 das. La masa del rio que se precipita  
 ácia el mediodia , se redondea en un  
 vasto cilindro desarrollandose despues  
 en sábana de nieve , y brillando al sol

con todos los colores. La que cae al levante, baja cubierta de una sombra tan espantosa, que parece una columna de agua del diluvio: se encorvan y se cruzan sobre el abismo muchos arcos iris. La onda hiriendo la peña desgajada, salta en remolinos de espuma, que se levanta sobre los bosques como la llamarada de un grande incendio. Decoran esta escena muchos pinos, nogales silvestres, y peñas cortadas. Las águilas, arrastradas de la corriente del aire, bajan dando vueltas hasta el fondo de la cueva, y los carcajús se cuelgan con sus colas de la punta de una rama baja para coger en el abismo los destrozados cadáveres de los dantas y de los osos.

Miéntas contemplaba yo este espectáculo con un placer mezclado de terror, me dejáron los dos esposos.

Los busqué subiendo á lo largo del rio encima de la cascada, y los encontré muy pronto en un sitio proporcionado á su dolor. Estaban echados sobre la yerba con unos viejos, cerca de algunos huesos humanos, cubiertos con pieles de bestias. Espantado de todo lo que por espacio de algunas horas estaba viendo, me senté junto á la jóven madre, y la dije:

« ¿Que significa todo esto, hermana  
 » mia? — Hermano mio, me respondió  
 » ella, esta es la tierra de la patria,  
 » y estas las cenizas de nuestros abue-  
 » los, que nos acompañan en nuestro  
 » destierro. — Pues ¿como, la repli-  
 » qué, estáis reducidos á tanta desdi-  
 » cha? Somos, me contestó la hija de  
 » Celuta, los residuos de los Natches.  
 » Despues de la grande mortandad  
 » que hicieron los franceses en nues-  
 » tra nacion por vengar á sus paísa-

» nos, los hermanos nuestros que es-  
 » capáron de las manos de los vence-  
 » dores, halláron acogida entre los  
 » chikasas nuestros vecinos, donde  
 » estuvimos tambien nosotros tran-  
 » quilos por algun tiempo; pero ya  
 » hace siete lunas que se han apode-  
 » rado de nuestras tierras los blancos  
 » de la Virginia, diciendo se las ha  
 » dado un rey de Europa. Levantá-  
 » mos entónces los ojos al cielo, y  
 » cargando con las reliquias de nues-  
 » tros abuelos nos pusimos en camino  
 » atravesando el desierto. Parí en el  
 » viage, y como era mala mi leche á  
 » causa del dolor, quitó la vida á mi  
 » hijo. » Al pronunciar estas palabras  
 » la jóven madre enjugó sus ojos con  
 » sus cabellos, y yo la acompañé en el  
 » llanto.\*

» Adoremos, la dije al instante, al  
 » grande espíritu; pues todo sucede

» por su órden. Todos somos viage-  
 » ros, y nuestros padres lo han sido  
 » tambien como nosotros: mas hay un  
 » país donde descansarémos. Si no  
 » temiera tener la lengua tan ligera  
 » como la de un blanco, os pregunta-  
 » ria si habíais oido hablar de Chactas  
 » el natche.» — A esta palabra me miró  
 » la india, y me dijo: «¿ Quien os ha  
 » dado noticia de Chactas el natche?  
 » La sabiduría, respondí. Yo os diré,  
 » replicó la india, todo lo que sé,  
 » porque habeis espantado las moscas  
 » del cuerpo de mi hijo, y porque  
 » acabais de pronunciar unas hermosas  
 » palabras acerca del grande espíritu.  
 » Yo soy la hija de la hija de René  
 » el europeo, á quien Chactas habia  
 » adoptado por hijo. Chactas, que  
 » habia recibido el bautismo, y mi  
 » desgraciado abuelo René, murieron  
 » úmbos en aquella carniceria. — El

» hombre va siempre pasando de un  
 » dolor á otro, la respondi inclinán-  
 » dome. ¿Y no podréis darme tambien  
 » alguna noticia del Padre Aubry?  
 » — No ha sido mas afortunado que  
 » Chactas, contestó la india. Los che-  
 » roqueses, enemigos de los franceses,  
 » penetraron hasta su mision, guiados  
 » por el sonido de la campanilla que  
 » se tocaba para socorrer á los viage-  
 » ros. El Padre Aubry se pudo salvar;  
 » pero no quiso abandonar á sus hijos,  
 » y permaneci6 con ellos para con su  
 » ejemplo esforzarlos á morir. Lo que-  
 » maron con grandes tormentos; pero  
 » jamas pudieron sacar de él una pa-  
 » labra que se dirigiese á deshonar á  
 » su Dios ó á su patria. No cesó du-  
 » rante el suplicio de pedir al Señor  
 » por sus verdugos, y compadecerse  
 » de la suerte de las víctimas que mi-  
 » raba al rededor de sí. Deseando los

» cheroqueses arrancar una señal de  
 » flaqueza á este guerrero de los ejér-  
 » citos celestiales, trajéron delante de  
 » él un salvage cristiano, á quien hor-  
 » riblemente habian mutilado; pero  
 » quedáron sorprendidos al ver po-  
 » nerse de rodillas á este jóven, y  
 » besar las llagas del viejo ermitaño,  
 » que le decia con un semblante se-  
 » reno: *Hijo mio, á nosotros nos han*  
 » *hecho el espectáculo del mundo, de*  
 » *los ángeles y de los hombres.* Fu-  
 » riosos los indios le metieron en la  
 » garganta un hierro encendido para  
 » impedirle que hablase: ent6nces no  
 » pudiendo ya consolar á sus seme-  
 » jantes, espiró.

» Se dice que los cheroqueses, sin  
 » embargo de estar acostumbrados á  
 » ver sufrir á los salvages, no dejáron  
 » de confesar reconocian en el humilde  
 » valor del Padre Aubry una cosa que

» no penetraban , y escedia á todos los  
 » valores de la tierra. Muchos de ellos  
 » admirados de su muerte se hicieron  
 » cristianos.

» Cuando volvió Chactas , algunos  
 » años despues , de la tierra de los  
 » blancos , y supo las desgracias del  
 » gefe de la oración , fué á recoger sus  
 » cenizas y las de Atala. Atravesó el  
 » desierto , y llegó al parage donde  
 » estaba situada la mision ; pero apenas  
 » pudo reconocerlo. Habia rebosado  
 » el lago haciendo de toda la sábana  
 » una laguna intransitable. El puente  
 » natural se habia caido , y sepultó  
 » bajo sus ruínas el sepulcro de Atala ,  
 » y los bosquecillos de la muerte.  
 » Anduvo Chactas por algun tiempo  
 » recorriendo aquellos sitios ; visitó la  
 » gruta del solitario , que la halló llena  
 » de zarzas y frambuesos , y la ocu-  
 » paba una cierva que daba de mamar

» á su hijo. Se sentó en la peña de la  
 » centinela de la muerte , donde no  
 » halló sino algunas plumas de aves  
 » pasageras. Miétras lloraba allí , sa-  
 » lió silenciosamente de entre unos  
 » matorrales vecinos la culebra do-  
 » méstica del misionero , y se le en-  
 » roscó en los piés : acarició y calentó  
 » en su seno á esta antigua amiga , que  
 » habia quedado sola en medió de  
 » aquellas ruínas. Contó tambien el hijo  
 » de Outalissi , que muchas veces á la  
 » entrada de la noche habia percibido  
 » en aquellas soledades la sombra de  
 » Atala , y la del Padre Aubry , cuyas  
 » visiones le habian llenado de un reli-  
 » gioso temor , y de una triste alegría.

» Despues de haber buscado inútil-  
 » mente el sepulcro del ermitaño y  
 » el de Atala , iba ya á abandonar  
 » aquellos lugares , cuando vió brincar  
 » delante de sí la cierva de la cueva ,

» la cual se paró al pié de la grande  
 » cruz de la mision, que estaba casi  
 » cercada de agua : su madera estaba  
 » roida del musgo, y se colgaban de  
 » sus brazos las aves del desierto. Sos-  
 » pechó Chactas que la agradecida  
 » cierva lo habia guiado al sepulcro  
 » de su huésped. Cavó debajo de la  
 » peña que habia servido de altar en  
 » tiempo de los sacrificios, y halló  
 » allí los despojos de un hombre y de  
 » una muger. No dudó que fuesen los  
 » del sacerdote y los de la virgen, que  
 » los ángeles habrian sepultado en  
 » aquel sitio : los envolvió en unas  
 » pieles de oso, volvió á tomar el ca-  
 » mino del desierto, y llevó consigo  
 » aquellas preciosas reliquias, que so-  
 » naban en sus espaldas como la aljaba  
 » de la muerte. Las ponía por la no-  
 » che á su cabecera, y tenia sueños de  
 » amor y de virtud. ¡ Oh estrangero !

» contempla aquí este polvo y el del  
 » mismo Chactas. »

Al acabar la india estas palabras,  
 me levanté, acerquéme á las sagradas  
 cenizas, me postré delante de ellas  
 con silencio, y alejandome despues á  
 pasos largos, exclamé diciendo : ¡ Así  
 pasa sobre la tierra todo lo que fué  
 bueno, virtuoso y sensible ! ¡ Oh hom-  
 bre ! ¡ solo eres un sueño rápido y do-  
 loroso ! ¡ no existes mas que para ser  
 desgraciado ! ¡ nada eres sino por la  
 tristeza de tu alma y eterna melancolia  
 de tu pensamiento !

Ocupéme toda la noche en estas  
 reflexiones al borde de la catarata. A  
 la mañana siguiente me dejaron mis  
 huéspedes para continuar su viage á  
 la soledad. Abrian la marcha los jó-  
 venes guerreros, y la cerraban sus  
 esposas : llevaban los primeros las es-  
 timadas reliquias, y las segundas sus

reciennacidos : en medio iban los viejos á paso lento, colocados entre sus abuelos y su posteridad; esto es, entre los que ya habian muerto, y los que aun no habian nacido; entre los recuerdos y la esperanza; la patria perdida, y la que iban buscando. ¡ Ah! ¡ cuantas lágrimas turban la soledad cuando se abandona de esta suerte la tierra nativa, y cuando desde lo alto de la colina del desierto se percibe por última vez la casa donde uno se crió, y el rio de la cabaña que continúa tristemente corriendo por medio de los solitarios campos de la patria!

¡ Desgraciados indios, á quienes ví vagar por los desiertos del nuevo Mundo con las cenizas de vuestros abuelos! ¡ vosotros, en quienes hallé la hospitalidad, sin embargo de vuestra miseria, ni aun eso poco os puedo prestar hoy, porque ando tambien

errante como vosotros, por capricho de los hombres; y aun soy mas desgraciado en mi destierro, porque no traje conmigo los huesos de mis padres!

FIN DE ATALA.

---

## RENÉ.

---

LLEGANDO René á los Natches (1), se habia visto en la precision de tomar una muger por esposa, para conformarse con las costumbres de los indios; pero no vivia con ella. Una inclinacion melancólica le arrastraba á lo interior de los bosques; pasaba solo en ellos los dias enteros, y parecia salvaje entre los salvages. Habia renunciado el trato de los hombres, es-

---

(1) Vease Atala.